

TRISTE herencia fué la herencia
del Monarca aragonés;
un reino ardiendo en discordias,
y para futuro Rey,

Jaime, de tan pocos años
que apenas contaba seis,
prisionero en Carcasona
del vencedor de Muret.



III

MONZÓN

o en balde doña María,
previendo su fin cercano,
quiso que sobrevivieran
para Jaime sus cuidados,

legándole el patrocinio
del Pontífice Romano:
que es el amor de las madres
flor que muere fecundando.

Ambos en un año solo
huérfano al niño dejaron;
el Rey le dejó en prisiones,
la Reina le dejó amparo.

A veces más que un ejército
puede una gota de llanto,
y el auxilio del Pontífice
salvó á Jaime y á su Estado.

MIENTRAS destrozan el Reino
parciales de don Fernando,
y en las tierras de Monforte
se ceban los de don Sancho,

Jimeno Cornel, Guillermo
de Cervera y el prelado
de Albarracín; Pedro Ahones
y el maestro de Templarios,

solicitan y consiguen
del Santo Padre un mandato
para que Monfort devuelva
el Príncipe á sus vasallos.

Ante el decreto del Papa
dobló la frente el Cruzado,
y en Narbona, y á presencia
de nobles y de villanos]

de Aragón y Cataluña,
que solícitos llegaron,
entregó Monfort el niño,
del Pontífice al Legado.

Cortes juntaron en Lérida,
do sus nobles diputados
mandó la Marca Española;
y allí el venerable Aspargo,

tomando en brazos al niño
presentóle á los prelados,
ricos-homes y burgueses,
que obediencia le juraron.

Y al gran maestro del Temple
juntamente confiaron
al heredero de Pedro,
y á Ramón, su primo hermano.

A las orillas del Cinca,
de altivos muros cercado,
se alza Monzón, el castillo
que conquistó el rey don Sancho.

Ayer alcázar de moros,
hoy fuerte de los Templarios,
en cuyas viejas murallas
y en cuyo anchuroso patio

suenan el choque de las armas,
el trotar de los caballos,
la voz del clarín de guerra
y el jurar de los soldados.

Mientras que allá, en la capilla,
cubierta de ricos paños,
de lámparas y de cirios
á los reflejos opacos,

por la grave melodía
del salterio acompañados,
cantan los frailes guerreros
del Rey poeta los salmos.

Ó en solemnes procesiones,
á la voz del bronce santo,
por entre nubes de incienso
tendidos los blancos hábitos

do la roja cruz campea,
cruzan los frailes rezando
por las anchas galerías
de la fortaleza-claustro.

Dentro de tus fuertes muros,
castillo viejo y avaro,
la esperanza de dos pueblos,
cual puro verbo encarnado,

vive en forma de dos ángeles,
de dos mancebitos cándidos;
que los niños y los pueblos
se aman siempre: son hermanos.

El hijo de Pedro el Noble,
que cayó en Muret lidiando,
y el del conde de Provenza,
nietos son de Alfonso el Casto.

Del mismo robusto tronco
son dos retoños lozanos,
la misma sangre los nutre,
la misma edad tienen ambos;

la misma injusticia lloran,
que violencias de don Sancho
su trono usurpan á Jaime,
y á Raimundo su condado.

Los dos niños, los dos huérfanos,
príncipes y desterrados,
juegos, inquietudes, lágrimas,
preces y ensueños mezclando,

de penas y de alegrías
tejieron eternos lazos;
la infancia los hizo amigos
y la desventura hermanos.

Que cual prematuros frutos
que el viento arranca del árbol,
ambos niños, desasidos
de los maternales brazos,

tienen por solaz los rezos,
la guerra por espectáculo,
por hogar la fortaleza,
por familia los soldados.

¡Triste vida es para niños
la vida de los Templarios!
Cumpliendo la dura regla
que les impuso Bernardo,

siempre en guerra, y para siempre
de su patria desterrados,
no cazan con gavilanes,
huyen fiestas y espectáculos;

nunca asaltan por sorpresa,
nunca esperan emboscados;
siempre atacan frente á frente
en franco y abierto campo,

á la voz de sus clarines
y á pendones desplegados,
sobre fogosos corceles
sin paramentos profanos.

Deben seguir al león
por las selvas y matarlo;
no salir sin compañero,
comer dos en cada plato,

lidiar por el peregrino,
admitir tres adversarios,
no ofrecer por su rescate
de terreno un solo palmo.

*Y armados de fe por dentro,
por fuera de hierro armados,
deben triunfar, como nobles,
ó morir como cristianos.*

Las dos contrapuestas fuerzas
de aquel revuelto océano,
del cenobio al campamento
los arrojan sin descanso.

Y en la estrechez de las celdas,
y en la extensión de los campos,
ni gozan quietud de monjes
ni libertad de soldados.

Con doble yugo los ata,
á dos extremos contrarios,
la militar disciplina
y el reglamento monástico.

Guerra, dice su armadura;
paz, dicen sus blancos hábitos;
sangre piden sus espadas,
misericordia sus salmos;

soberbia claman sus muros;
humildad gimen sus claustros;
muerte; gritan sus clarines,
piedad sus bronce sagrados.

La paz y la guerra llevan
en sus armas y en sus mantos;
la bendición y la muerte
se derraman de sus manos.

QUANTAS veces á la lumbre
del hogar de los Templarios,
en la vieja y ancha sala,
de tantas luchas teatro,

cuyos robustos pilares
soportan macizos arcos,
de cuyos espesos muros,
negros del humo y los años,

penden armas y trofeos
que los freires conquistaron,
y entre brillantes pendones
y tapices de Damasco,

rojas pieles de panteras
que los del Temple cazaron
en los desiertos de Arabia
y á los niños dan espanto,

los dos inocentes príncipes,
por las manos enlazados,
se dijeron sus recuerdos,
sus penas se confiaron.

Jaime á Berenguer contaba,
que allá, entre celajes vagos,
vió en su niñez un guerrero,
como San Jorge, gallardo,

que con magnífico séquito
de paladines bizarros,
de su madre, que lloraba,
le arrancó de entre los brazos.

Y el sonar de los clarines
y el clamor de los soldados,
le revelaron la alteza
del caballero fantástico;

tras del cual un escudero,
sobre un palafrén dorado,
llevóse al niño, que nunca
volvió al materno regazo.

Luego, como quien de un sueño
despierta en lugar extraño,
hallóse en ajenos sitios
de hombres de hierro cercado.

Y allí por la vez postrera
tornó el bello soberano,
y un beso le dió en la frente
muy cariñoso y muy largo,

y en su cándido semblante
dejó una gota de llanto;
y entonces supe—acababa
el niño Jaime llorando—

que aquel apuesto guerrero,
aquel hombre extraordinario,
era mi padre, Raimundo;
nunca más volví á sus brazos.

Yo me quedé, como en prendas,
prisionero del cruzado,
y el hermoso caballero,
como San Jorge gallardo,

con su séquito magnífico
de paladines bizarros,
ante mi asombrada vista
despareció como un rayo.

YA en Don Jaime se veían
gallardamente esbozados
sobre el semblante del niño,
del Conquistador los rasgos.

Era cual la hermosa imagen
del más puro y blanco mármol,
donde el escultor hubiera,
como á su pesar, trazado

la serena faz de un ángel
la inspiración aguardando,
para hacer de él, por virtud
de los más valientes rasgos

de su cincel, un arcángel
de ira celeste animado;
llevando un sol por escudo,
blandiendo soberbio un rayo.

Ramón Berenguer, nacido
de Provenza en el condado,
hijo de Alfonso Segundo,
en cuyo gentil palacio

templo halló la gaya ciencia,
cuna el provenzal teatro,
corte de amor la hermosura,
los juglares agasajo,

el hijo de la poesía,
Ramón á quien en sus brazos
meció la noble Garsenda
sus propios versos cantando,

de aquel despertar de gloria
guardaba el recuerdo vago,
mezclado á sus propios sueños,
hasta el delirio exaltados

por las peregrinas fábulas
de magias y de milagros,
de hechizados paladines,
de alcázares encantados,

de enanos, fadas, gigantes,
de apariciones y trasgos,
que allí al amor de la lumbre,
les contaban los soldados.

Cual se confunde en los términos
del horizonte lejano,
la postrer luz de la luna,
de la aurora al primer rayo,

en las almas de los niños,
de lo real y lo falso,
del recuerdo y la esperanza,
de lo divino y lo humano,

los indecisos contornos
unos con otros mezclados,
formaban un mundo nuevo,
en cuyo ideal espacio

se daban los niños cita
con espíritus alados,
para realizar ensueños
que eran augurios acaso.

Mandar invencibles huestes,
vestir arneses dorados,
llevar encantadas armas,
donde los hierros contrarios,

cual las olas que revientan
contra el escollo basáltico,
se estrellen y salten rotos
en mil brillantes pedazos:

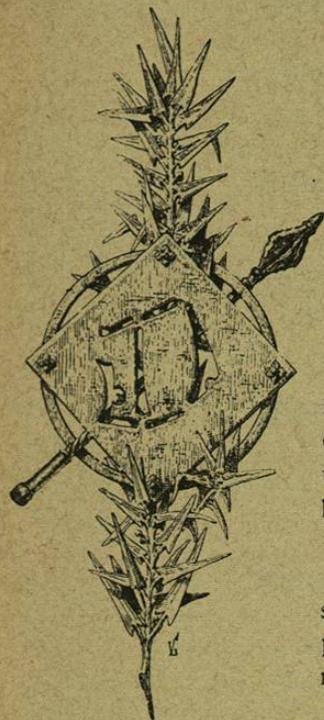
empuñar fuertes espadas
que, por virtud de su encanto,
dividan en dos los ríos,
tajen los duros peñascos:

montar alados corceles,
y al son de clarines mágicos,
ver las murallas hendirse
y rodar los montes altos.

¡Tiene auroras en el alma
lo porvenir ignorado!
Y así, soñando grandezas
que más tarde realizaron,

en el rincón más oscuro
del hogar de los Templarios,
los dos inocentes príncipes
se dormían abrazados,

como en el tronco del roble
los recién nacidos pájaros,
batiendo las tiernas alas
preludian el primer canto.



IV

LA FUGA

E Monzón ante los muros,
cuando espiraba la tarde,
un humilde peregrino
llegó en hábitos de fraile;

pidió asilo, y los del Temple,
según su regla, hospedáronle;
pero no quiso el romero
ni comer ni calentarse;

ni alzó la parda cogulla
ni hablar consintió con nadie;
acaso así cumple votos
que antiguos crímenes laven.

Cuando acabó la velada,
cuando todo en calma yace,
cuando en sus lechos reposan
los niños Raimundo y Jaime,

y cruza la media noche
velado el negro semblante
y cercada de visiones
que bullen como un enjambre,

seguida de extraño séquito
de enanos y de gigantes,
de brujas y de alimañas,
de trasgos, fadas y arcángeles,

hasta el lecho de Raimundo
llega una sombra; es el fraile,
ó acaso el mismo demonio
que gusta vestir sayales.

El niño tiembla, el romero
sus burdos hábitos abre,
y al tibio rayo de luna
que de alta ventana cae,

de un juglar de la Provenza
descubre el gallardo talle,
y arrojando ajenas barbas
muestra el juvenil semblante.

Raimundo piensa que sueña
con la corte de sus padres:
pero el gentil mensajero
le dice:—Señor, levántate,

que en el puerto de Salou
presta te aguarda una nave,
y como al sol de los cielos
te esperan los provenzales.—

Raimundo, que aunque tan niño,
no es de raza de cobardes,
rápido del lecho salta,
viste un disfraz que le trae

bajo el suyo el mensajero,
se acerca al lecho de Jaime,
con un beso le despierta
y le dice en voz suave:—

—Adiós, hermano, me llaman
los vasallos de mi padre;
nuestros ensueños de gloria
comienzan á realizarse;

ya soy Conde-soberano
desde hoy: ¡imitame, Jaime!—
Y él le contestó:

—¡Te juro
que pronto Rey han de alzarme!

No tardaron en cumplirlo
sus ricos-homes leales;
que prelados de la iglesia,
comendadores, magnates,

infanzones de Aragón
y barones catalanes,
en la sala del castillo,
ofreciéndole homenaje,

sobre los cuatro evangelios
juran por Rey acatarle,
respetando la regencia
de don Sancho, á quien Dios guarde.

Mas de aquella fuerte Liga,
los prelados venerables
y valientes caballeros
piden, á fuer de leales,

que el gran maestro del Temple
les entregue al niño Jaime
para regir, en su nombre,
los Estados de su padre.

Pero ni, cuerdo, el maestro
quiere á la Liga entregarle,
temiendo á Sancho y Fernando
y á sus inquietos parciales,

ni al bravo niño contentan
prometidas libertades;
que harto ha vivido en prisiones
y harto le oprime la cárcel.

Invocando el juramento
que acababan de prestarle,
pidió auxilios á los suyos
determinado á fugarse.

Y, en vano, jura don Sancho,
ciego de envidia y coraje,
que *ha de cubrirle de púrpura*
las sendas por donde pase.

El niño Jaime es del bronce
de que los héroes se hacen,
y en el día prefijado,
antes que el sol se levante,

solo, audaz y decidido,
del viejo castillo sale,
sediento de respirar
de la libertad el aire.

Llega al puente que atraviesa
sobre el Cinca, y puntuales,
halla á los hombres de armas
que manda Pedro Fernández:

á Lizana y á Cervera
y otros valientes magnates
de Aragón y Cataluña,
que su fe guardan leales.

Un caballero del séquito,
temiendo imprevisto ataque,
se desnuda de su cota,
que resuelto ciñe Jaime.

Torna al castillos los ojos,
porque en aquellos lugares
dejaba al vestir las mallas
sus vestiduras de ángel.

De un cordobés alazano,
que infunde celos al aire,
salta á la enhiesta montura,
diestro revuelve el rendaje,

y empuñando la tizona
que tres reinos ha de darle,
por el camino de Huesca
raudo con los suyos parte.



V

LA MERCED

UANDO en su lecho de púrpura
se ocultaba el sol de oro
y alargaban por los valles
sus sombras pinos y chopos;

cuando todo respiraba
paz, oración y reposo,
por riscos y por atajos
y por senderos angostos

caminaban lentamente,
rendidos y melancólicos,
unos viajeros extraños,
amarillos y andrajosos,